

UNA LLAMADA COMPASIVA A LA

CONTRA

CULTURA

EN UN MUNDO DE

POBREZA • MATRIMONIOS DEL MISMO SEXO

RACISMO • ESCLAVITUD SEXUAL

INMIGRACIÓN • PERSECUCIÓN

ABORTO • HUÉRFANOS • PORNOGRAFÍA

DAVID PLATT

AUTOR DE ÉXITOS DE MAYOR VENTA DEL *NEW YORK TIMES*

# CONTRACULTURA



UNA LLAMADA COMPASIVA A LA

# CONTRA CULTURA

EN UN MUNDO DE

POBREZA • MATRIMONIOS DEL MISMO SEXO • RACISMO

ESCLAVITUD SEXUAL • INMIGRACIÓN • PERSECUCIÓN

ABORTO • HUÉRFANOS • PORNOGRAFÍA

DAVID PLATT



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC., CAROL STREAM, ILLINOIS, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: [www.tyndaleespanol.com](http://www.tyndaleespanol.com) y [www.BibliaNTV.com](http://www.BibliaNTV.com).

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

*Contracultura: Una llamada compasiva a la contracultura en un mundo de pobreza, matrimonios del mismo sexo, racismo, esclavitud sexual, inmigración, persecución, aborto, huérfanos y pornografía*

© 2015 por David Platt. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2015 como *Counter Culture* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-7329-4.

Fotografía del autor por Allison Lewis Photography, © 2012. Todos los derechos reservados.

Diseño: Dean H. Renninger

Traducción al español: Raquel Monsalve

Edición del español: Mafalda E. Novella

Publicado en asociación con Yates & Yates ([www.yates2.com](http://www.yates2.com)).

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con NVI ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Versión Internacional, © NVI.® © 1999 por Biblica, Inc.® Usado con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

El texto bíblico indicado con RVR60 ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

---

## Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Platt, David, date.

[Counter culture. Spanish]

Contracultura : Una llamada compasiva a la contracultura en un mundo de pobreza, matrimonios del mismo sexo, racismo, esclavitud sexual, inmigración, persecución, aborto, huérfanos, pornografía / David Platt.

pages cm

Includes bibliographical references.

ISBN 978-1-4964-0660-6 (sc)

1. Christian life—United States. 2. Christianity and culture—United States. 3. Culture conflict—Religious aspects—Christianity. I. Title.

BV4501.3.P62818 2015

261.0973—dc23

2015013036

---

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

10 11 12 13 14 15

6 5 4 3 2 1

# CONTENIDO

---

## **INTRODUCCIÓN**

*En contra de la cultura xi*

## **CAPÍTULO 1**

La ofensa más grande: El evangelio y la cultura 1

## **CAPÍTULO 2**

Donde chocan los ricos y los pobres: El evangelio y la pobreza 27

## **CAPÍTULO 3**

El holocausto moderno: El evangelio y el aborto 67

## **CAPÍTULO 4**

La soledad en las familias: El evangelio y los huérfanos y las viudas 91

## **CAPÍTULO 5**

Una guerra contra las mujeres: El evangelio y la esclavitud sexual 123

## **CAPÍTULO 6**

Un misterio profundo: El evangelio y el matrimonio 149

## **CAPÍTULO 7**

Comprado por un precio: El evangelio y la moralidad sexual 177

## **CAPÍTULO 8**

Unidad en la diversidad: El evangelio y el origen étnico 209

## **CAPÍTULO 9**

Cristo en la plaza pública: El evangelio y la libertad religiosa 239

## **CAPÍTULO 10**

La necesidad más urgente: El evangelio y los no alcanzados 265

*Reconocimientos 289*

*Notas 291*

*Acerca del autor 299*

## INTRODUCCIÓN

---

# EN CONTRA DE LA CULTURA

---

Imagínese que está en la parte más alta de la tierra y que ve lo profundo de la pobreza humana.

Viaje conmigo hasta la parte central de las montañas del Himalaya, donde no hace mucho conocí a hombres y mujeres que están luchando para sobrevivir. La mitad de los niños de estas aldeas en particular muere antes de cumplir ocho años de edad y muchos otros no llegan a su primer cumpleaños. Quiero presentarle a Radha, una madre que tendría catorce hijos si doce de ellos no hubieran muerto antes de llegar a ser adultos. Quiero que conozca a Kunsing, un niño con discapacidades físicas que pasó la primera parte de sus doce años de vida encadenado en un granero porque su familia creía que tenía una maldición. Quiero presentarle a Chimie, un niño que recién empieza a caminar, cuyo hermano y hermana murieron cuando él tenía apenas dos meses, lo cual llevó a su madre a suicidarse y a su padre, en su

desesperación, a encargarlo con cualquier mujer de la aldea que pudiera amamantarlo.

Tan terrible como le pueda parecer la vida de estas personas de las que le he hablado, son más aún las vidas de otras personas que no mencioné. Algunas de las aldeas en estas montañas casi no tienen niñas entre las edades de cinco y quince años. Sus padres fueron persuadidos, por la promesa de una vida mejor para sus hijas, de entregarlas a ciertos hombres que resultaron ser traficantes de mujeres. Muchas de estas niñas sí viven hasta los ocho años, pero al cumplir dieciséis son obligadas a tener relaciones sexuales con miles de hombres. Ellas nunca más verán a sus familias.

Cuando conocemos a algunas personas, cuando escuchamos sus historias y vemos injusticias similares alrededor del mundo, es totalmente apropiado que respondamos con compasión, convicción y valor. Nos sentimos abrumados de compasión porque nos preocupamos profundamente por los niños, por sus padres y por las familias cuyas vidas están llenas de dolor y sufrimiento. Nos agobia la convicción porque todos sabemos en forma instintiva que estas historias no deberían existir. No es justo que la mitad de los niños de estas aldeas en el Himalaya muera antes de cumplir los ocho años de edad. No es justo que los niños que nacen con incapacidades físicas sean encadenados en graneros por el resto de sus vidas. Es injusto que los proxenetes engañen a los padres para que vendan a sus amadas hijas para ser esclavas sexuales. En última instancia, esa compasión y convicción nos produce valor, valor para hacer algo, *algo*, a favor de Radha, Kunsing, Chimie, estas niñas, sus padres, sus aldeas e incontables niños, mujeres y padres como ellos en todo el mundo.

A la luz de estas realidades globales, me siento muy alentado cuando veo tal compasión, convicción y valor en la iglesia de hoy. Cuando escucho hablar a los creyentes contemporáneos (especialmente, aunque no en forma exclusiva, a los evangélicos

## INTRODUCCIÓN

jóvenes), percibo una tenaz oposición a las injusticias en lo que se refiere a los pobres, a los huérfanos y a los esclavizados. Observo un mayor nivel de concienciación sobre los asuntos sociales: una infinidad de libros escritos, de conferencias y movimientos organizados para combatir el hambre, aliviar la pobreza y terminar con el tráfico sexual. En medio de todo esto, percibo una profunda insatisfacción con la indiferencia en la iglesia. Simplemente no estamos contentos con una iglesia que actúa como si fuera ciega y sorda en cuanto a estas realidades de injusticia social en el mundo. Queremos que nuestras vidas —y la iglesia— cuenten en contra de la injusticia social.

Mientras que me siento muy alentado por el fervor que han expresado muchos creyentes en cuanto a algunos asuntos sociales, estoy profundamente preocupado por la falta de fervor entre estos mismos creyentes (especialmente, aunque repito no exclusivamente, los creyentes jóvenes) en cuanto a otros asuntos sociales. En asuntos populares, tales como la pobreza y la esclavitud, donde es probable que nos aplaudan por nuestro trabajo social, somos rápidos para ponernos de pie y hablar sin rodeos. Sin embargo, en asuntos controversiales tales como la homosexualidad y el aborto, donde es probable que como creyentes seamos criticados por involucrarnos en estos temas, nos contentamos con permanecer sentados sin hablar. Es como si hubiéramos decidido elegir qué asuntos sociales vamos a rebatir y cuáles vamos a condonar. A menudo, nuestra selección se centra en lo que es más cómodo y menos costoso para nosotros en nuestra cultura.

En la práctica, si usted, en la plaza pública, le pide a cualquier líder cristiano popular que haga una declaración sobre la pobreza, el tráfico sexual o la crisis que existe con los huérfanos, ese líder con mucho gusto y firmeza compartirá sus convicciones. Sin embargo, si le pide al mismo líder cristiano y en el mismo escenario público que exprese lo que opina de la homosexualidad o el

aborto, ese mismo líder responderá vacilando nerviosamente o con una virtual herejía, si es que le llega a responder la pregunta. «Ése no es el asunto que más me concierne —puede que le responda el líder—. Mi enfoque está en este otro asunto, y sobre esto es de lo que voy a hablar».

El efecto práctico de esto es evidente en el panorama político cristiano. Toda clase de jóvenes evangélicos escriben blogs, toman fotos, envían tweets y asisten a conferencias donde se lucha para aliviar la pobreza y terminar con la esclavitud. Otros evangélicos en Estados Unidos reciben en sus hogares a niños abandonados por sus padres y adoptan huérfanos de todas partes del mundo. Muchos de estos esfuerzos son buenos, y deberíamos continuar con ellos. Sin embargo, lo problemático es cuando estos mismos evangélicos permanecen en silencio durante conversaciones sobre asuntos culturales más controversiales como el aborto o el llamado matrimonio entre personas del mismo sexo. *Esos asuntos no me conciernen, piensan ellos. Me siento más cómodo hablando sobre otros temas.*

Sin embargo, ¿qué si Cristo requiere que hagamos que estos asuntos nos conciernan? Y ¿qué si el llamado de Cristo en nuestra vida es sentirnos incómodos con nuestra cultura? ¿Qué si Cristo en nosotros en realidad nos exige a ir en contra de nuestra cultura? No a sentarnos callados y observar las tendencias culturales, y no a cambiar nuestros puntos de vista con sutileza en medio de corrientes culturales variables, sino a compartir y a expresar con valentía nuestras convicciones por medio de lo que decimos y de cómo vivimos, aun (o especialmente) cuando estas convicciones contradigan las posiciones populares de nuestro día. Buscamos entonces hacer todo esto no con mentes orgullosas o corazones endurecidos, sino desplegando siempre la compasión humilde de Cristo en todo lo que decimos y hacemos.

Después de todo, ¿no es esto en primer lugar lo que significa

seguir a Cristo? «Si alguno de ustedes quiere ser mi seguidor, tiene que abandonar su manera egoísta de vivir, tomar su cruz cada día y seguirme» (Lucas 9:23). Esto sí que es ir contra la cultura. En un mundo en el cual todo gira alrededor de usted mismo —protegerse a sí mismo, promocionarse a sí mismo, emplazarse y preocuparse por sí mismo— Jesús dice: «Crucifíquese a sí mismo. Deje de lado el tratar de conservar la vida y viva para la gloria de Dios, sin importar lo que esto signifique para usted en la cultura que lo rodea».

Después de todo, ¿no es éste el asunto más importante en nuestra cultura? Mejor dicho, quizás, ¿no es *él* el asunto más importante en cualquier cultura? ¿Qué diremos si el asunto más importante en nuestra cultura actual no es la pobreza, el tráfico sexual, la homosexualidad o el aborto? ¿Qué si el asunto principal es *Dios*? Y ¿qué sucedería si en cambio lo hacemos a *él* nuestro foco? En un mundo manchado por la esclavitud y la inmoralidad sexual, el abandono y el asesinato de niños, el racismo y la persecución, las necesidades de los pobres y el descuido de las viudas, ¿cómo actuaríamos si pusiéramos la mirada en la santidad, el amor, la bondad, la verdad, la justicia, la autoridad y la misericordia de Dios tal y como se revela en el evangelio?

Estas son las preguntas que han motivado este libro, y lo invito a que las explore conmigo. De ninguna forma pretendo afirmar que conozco todas las respuestas. De hecho, una de las razones por la cual estoy escribiendo este libro es porque he visto en mi propia vida, en mi familia y en mi ministerio la tendencia a trabajar en forma activa y valiente en ciertos asuntos sociales mientras que en forma pasiva y no bíblica se descuidan otros. Además, tengo el sentimiento de que si miramos honestamente nuestra vida, nuestra familia y nuestra iglesia, tal vez nos demos cuenta de que mucha de nuestra supuesta justicia social es en realidad una forma selectiva de injusticia social. Tal vez reconozcamos

que lo que pensábamos que eran asuntos sociales independientes están realmente íntimamente conectados a nuestra comprensión de quién es Dios y lo que él está haciendo en el mundo. En el proceso, tal vez nos demos cuenta de que el mismo corazón de Dios que nos conmueve a luchar en contra del tráfico sexual también nos incita a batallar contra la inmoralidad sexual. Quizás descubramos que el mismo evangelio que nos lleva a combatir la pobreza también nos impulsa a defender el matrimonio. Finalmente, puede que determinemos reorganizar nuestra vida, nuestra familia y nuestra iglesia con base a una respuesta más consecuente, inspirada por Cristo, que nos exhorte a ir contra la cultura en los asuntos sociales más apremiantes de nuestra sociedad actual.

Le aseguro que la conclusión que tomemos en cuanto a ir en contra de la cultura nos puede costar a usted y a mí. No obstante, en ese momento creo que esto no tendrá mucha importancia. Entonces nuestra mirada ya no estará enfocada en lo que resulta más cómodo para usted y para mí; en cambio, nuestra vida estará anclada en lo que más glorifica a Dios, y en él encontraremos una recompensa mucho más grande que en cualquier otra cosa que nos pudiera ofrecer nuestra cultura.

# LA OFENSA MÁS GRANDE: EL EVANGELIO Y LA CULTURA

---

El evangelio es el motor del cristianismo, y provee el fundamento para ir en *contra de la cultura*. Ya que cuando realmente creemos en el evangelio, comenzaremos a darnos cuenta de que el evangelio no solamente nos exhorta como creyentes a confrontar los asuntos sociales de la cultura que nos rodea. El evangelio en realidad *crea* confrontación con la cultura tanto a nuestro alrededor como dentro de nosotros mismos.

Cada vez es más común que los puntos de vista bíblicos sobre asuntos sociales sean catalogados como insultantes. Por ejemplo, ofende a un número cada vez mayor de personas decir que una mujer que tiene sentimientos amorosos hacia otra mujer no debería expresar amor hacia ella con el matrimonio. No toma mucho tiempo para que un creyente sea puesto en una posición muy incómoda sobre este asunto, porque no quiere ofender pero al mismo tiempo se estará preguntando cómo responder.

Sin embargo, es aquí donde debemos reconocer que la posición bíblica sobre la homosexualidad no es la ofensa más grande del cristianismo. De hecho, ni siquiera se acerca a la ofensa mayor. El evangelio mismo es una ofensa muchísimo más grande. Entonces debemos comenzar explorando qué es el evangelio, y debemos formularnos la pregunta: ¿En realidad lo creemos? Nuestra respuesta a esta pregunta cambia en forma fundamental la vida en nuestra cultura.

## EN EL PRINCIPIO, DIOS

La ofensa del evangelio comienza con las primeras palabras de la Biblia<sup>1</sup>. «En el principio, Dios ...» (Génesis 1:1). La afrenta inicial del evangelio es que hay un Dios, por quien, a través de quien y para quien comienzan todas las cosas. «El SEÑOR es el Dios eterno, el Creador de toda la tierra» (Isaías 40:28). Debido a que todas las cosas comienzan con Dios y en realidad existen para la gloria de Dios, todas las cosas le conciernen.

¿Cómo es el Creador? «Yo soy el SEÑOR, tu Santo,» dice Dios en Isaías 43:15. En otras palabras, él es santo, no hay otro como él; no es como nosotros y no se puede comparar a Dios con nosotros. Él es de otra clase. Dios es completamente puro, y no hay nada malo en él. Nada. Todo lo que Dios es y todo lo que Dios hace es perfecto. Él no comete errores y no hay nadie igual a él.

Este Dios santo también es bueno. «El SEÑOR es bueno con todos; desborda compasión sobre toda su creación» (Salmo 145:9). La bondad de Dios es evidente desde el comienzo de las Escrituras, donde dice que todo lo que él creó es «bueno» culminando con la creación del hombre y de la mujer, a quienes califica de «muy bueno» (vea Génesis 1:4, 10, 12, 18, 21, 25, 31). La grandeza universal de la creación testifica de la innegable bondad del Creador.

La bondad de Dios se expresa en su justicia. «El SEÑOR juzga a las naciones» (Salmo 7:8), y él juzga a la gente en forma perfecta. Dios justifica al inocente y condena al culpable. Por consiguiente, «Absolver al culpable y condenar al inocente son dos actos que el SEÑOR detesta» (Proverbios 17:15). Como buen Juez, la injusticia le indigna a Dios. Él no aprueba a los que les dicen a los malvados: «Ustedes son buenos», y a los que les dicen a los buenos: «Ustedes son malvados». Dios es un Juez perfecto.

La bondad de Dios también se expresa en su gracia. Él les muestra favor gratuito e inmerecido a los que jamás lo podrían merecer. Él es compasivo y paciente, y desea que toda la gente en todos los lugares lo conozcan y disfruten de su bondad, de su misericordia y de su amor (vea 2 Pedro 3:9).

Considere, entonces, la confrontación que crea la realidad de Dios en nuestra vida. Debido a que Dios es nuestro Creador, nosotros le pertenecemos. El que nos creó es nuestro dueño. No somos, como se describe en la poesía «Invictus», los amos de nuestro propio destino o los capitanes de nuestra alma. El Autor de toda la creación posee autoridad sobre toda la creación, incluyendo a usted y a mí. Por lo que somos responsables ante él como nuestro Juez. Una de las verdades centrales del evangelio es que Dios juzgará a cada persona, y que él será justo. Esto nos pone en una situación en la que necesitamos desesperadamente su gracia.

Ahora vemos la ofensa del evangelio asomándose en vanguardia. Dígale a una persona moderna que hay un Dios que lo sostiene, que es su dueño, que lo define, que lo gobierna y que un día lo juzgará (a él o a ella), y esa persona reaccionará ofendida. Cualquier persona lo haría y todas lo han hecho. Esta es nuestra reacción natural ante Dios.

## NUESTRA REACCIÓN NATURAL ANTE DIOS

Fíjese en las primeras páginas de la historia de la humanidad, y verá el problema fundamental del corazón humano. Cuando Dios creó al hombre y lo puso en el Huerto del Edén, le dijo: «Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás» (Génesis 2:16-17, NVI). Aquí vemos la santidad de Dios, su bondad, su justicia y su gracia con toda claridad. Dios tiene autoridad para definir lo que es bueno y lo que es malo, el bien y el mal, basado en su carácter puro y santo. Con toda claridad, Dios le dice al hombre que será juzgado de acuerdo a su obediencia al mandamiento que él le ha dado. La gracia de Dios es evidente porque no ha ocultado su ley. Con amor, Dios le dice al hombre la forma en que debe vivir y lo exhorta a que camine de esa manera.

Así que, ¿de qué forma responden los seres creados al Creador? En cuestión de solamente unos pocos versículos, la tentación a pecar se presenta delante de ellos. La serpiente le pregunta a la primera mujer: «¿Es verdad que Dios les dijo que no comieran de ningún árbol del jardín? [...] ¡No es cierto, no van a morir! Dios sabe muy bien que, cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y llegarán a ser como Dios, concedores del bien y del mal» (Génesis 3:1, 4-5, NVI).

¿Ve cómo se cambian los papeles aquí? Todo comienza cuando los mandamientos de Dios son sujetos a polémicas acerca de Dios. ¿Es Dios en realidad santo? ¿Sabe realmente lo que es bueno? ¿Es Dios en realidad bueno? ¿Quiere él realmente lo mejor para mí? En medio de estas preguntas, el hombre y la mujer se aseguran sutilmente de no ser juzgados por Dios, sino de ser ellos quienes lo juzguen a él.

La pregunta de la serpiente gira alrededor del árbol del

conocimiento del bien y del mal. Tal vez leamos el nombre del árbol y pensemos: *¿Qué hay de malo en conocer la diferencia entre el bien y el mal?* Pero aquí el significado de la Escritura va más allá de la *información* sobre el bien y el mal a la *determinación* del bien y del mal. En otras palabras, el hecho de que el hombre y la mujer comieran de este árbol implica el rechazo de Dios como el Único que determina el bien y el mal, y el asumir esta responsabilidad por sí mismos. La tentación en el Huerto fue a rebelarse contra la autoridad de Dios y en el proceso hacer que los seres humanos fueran los árbitros de la moralidad.

Cuando entendemos este primer pecado, nos damos cuenta de que el relativismo moral del siglo XXI no es nada nuevo. Cuando intentamos usurpar (o aun eliminar) a Dios, perdemos la objetividad para determinar lo que es bueno y lo que es malo, lo que es correcto y lo que está equivocado, lo que es moral y lo que no lo es. El conocido agnóstico y filósofo de ciencia Michael Ruse repite esto cuando dice: «La posición del evolucionista moderno, por lo tanto, es que[...] la moralidad es una adaptación biológica así como lo son las manos y los pies y los dientes. [...] Considerarla como un conjunto de afirmaciones racionales y justificables acerca de algo, es ilusorio»<sup>2</sup>. En forma similar, el renombrado ateo Richard Dawkins escribe:

En un universo de fuerzas físicas ciegas y de reproducciones genéticas, algunas personas serán agraviadas, otras tendrán suerte, y usted no encontrará ninguna razón lógica para eso ni tampoco justicia. El universo que observamos tiene precisamente las propiedades que deberíamos esperar si al final no hay diseño, ni propósito, ni mal, ni ningún otro bien. Nada sino indiferencia ciega e implacable. El ADN ni sabe ni

le importa. El ADN solamente es. Y nosotros bailamos al compás de su música<sup>3</sup>.

Por lo tanto, las cosmovisiones mundanas nos dejan con una subjetividad sin esperanza en lo que se refiere al bien y al mal, totalmente dependiente del conceptualismo social. Lo que sea que una cultura considere correcto es correcto y lo que una cultura considere erróneo es erróneo. Esta es precisamente la visión del mundo que prevalece en la cultura norteamericana de hoy en día, donde los rápidos cambios en el panorama moral comunican con claridad que ya no creemos que ciertas cosas sean intrínsecamente buenas o malas. En cambio, lo que es bueno y lo que es malo está determinado por los acontecimientos sociales que nos rodean.

Sin embargo, ¿no resultan aterradoras las implicaciones a este enfoque sobre la moralidad? Considere el tráfico sexual. ¿Estamos dispuestos a llegar a la conclusión de que mientras sea la sociedad la que apruebe esta industria, ya no es inmoral? ¿Estamos dispuestos a decirles a las jovencitas que son vendidas para ser esclavas sexuales que ellas y los hombres que se aprovechan de ellas están simplemente bailando al compás de su ADN, que lo que les está sucediendo no es intrínsecamente malo, y que ellas son solamente producto de una ciega y despiadada indiferencia que las dejó sin suerte en el mundo? Por cierto que esto no es algo que usted le diría a cualquiera de estas muchachas. No obstante, este es el fruto de la cosmovisión que mucha gente profesa sin darse cuenta.

«No le hagas daño a nadie, y sé fiel a tus creencias», un amigo y autoidentificado pagano me sugirió como filosofía un día en el barrio francés de Nueva Orleans. Esta supuestamente simple filosofía era suficiente, fue lo que mi amigo pensó, para juzgar los valores y las decisiones morales en todos los aspectos de la vida. Sin

embargo, el problema evidente detrás de esta cosmovisión es quién define el *daño* y hasta qué punto debemos confiar en nosotros mismos. ¿No afirmarí, en primer lugar, un proxeneta en el norte de Nepal que está proveyendo una mejor vida para una jovencita cuyas posibilidades de sobrevivir son escasas? ¿Podría este hombre afirmar que la muchacha tiene un trabajo que él cree que a ella le gusta? Además, ¿qué podría impedirle a este hombre sostener que él y esta jovencita están ayudando a muchísimos hombres a satisfacer sus íntimos deseos sexuales?

Tal perspectiva impía sobre la moralidad resulta totalmente vacía cuando se enfrenta a las crudas realidades del mal en el mundo. Podemos estar agradecidos de que el evangelio va totalmente en contra de la cultura en este tema. Porque la Palabra de Dios nos dice que, en forma maravillosa, Dios ha creado a cada preciosa niña a su imagen, y que él la ama. La ha formado de manera única y biológica, no para ser forzada a la violación sexual por parte de infinidad de hombres desconocidos, sino para una unión sexual feliz con un esposo que la aprecie, la sirva y la ame. Este es el diseño de un Dios lleno de gracia, pero que ha sido corrompido totalmente por la humanidad. El pecado es la rebelión real contra el buen Creador de todas las cosas y el Juez supremo de toda la gente. El tráfico sexual es injusto, porque Dios es justo, y él llamará a los pecadores para que le rindan cuentas.

Esta comprensión del pecado ayuda a entender por qué los creyentes y las iglesias deben trabajar juntos para terminar con el tráfico sexual. Sin embargo, una revisión rápida del párrafo anterior revela por qué estos mismos creyentes e iglesias también deben trabajar para oponerse al aborto y para defender la institución del matrimonio. ¿No es el Dios que personalmente ha creado a cada preciosa niña a su imagen el mismo Dios que forma personalmente a cada precioso bebé en el útero de la madre? ¿No es el diseño de Dios lo que hace que la violación sexual que ocurre en la prostitución

sea una maldad, mientras que ese mismo diseño de Dios hace que la unión sexual sea correcta en el matrimonio? ¿Y no es el pecado en todas sus formas —ya sea vender a una jovencita para que sea esclava, arrancar el cuerpo de un bebé del útero o hacer caso omiso del plan prescrito por Dios para el matrimonio— una rebelión real contra el buen Creador y el Juez supremo de toda la gente?

## EL PECADO DEL «EGO»

Aquí de nuevo somos confrontados con la contracultura relativa a la ofensa del evangelio. Porque aunque el evangelio basa la definición del bien y del mal en el carácter de Dios, también afirma que el mal no está limitado a ciertas clases de pecado y a grupos selectos de pecadores. Desafortunadamente, el pecado es inherente a todos nosotros y por lo tanto es inevitable como parte de cualquier cultura que formemos<sup>4</sup>.

Aunque todos hemos sido creados por Dios, también estamos corrompidos por el pecado. Tanto como nos gustaría negarlo, nuestra naturaleza lo demuestra en forma constante. Posemos tanto dignidad como depravación; somos propensos tanto al bien como al mal. Esta es la ironía de la condición humana. John Stott expresa esto muy bien en su resumen del cristianismo básico:

Podemos pensar, elegir, crear, amar y adorar; pero también podemos odiar, codiciar, pelear y matar. Los seres humanos son los inventores de hospitales que tratan a los enfermos, de universidades donde se puede adquirir sabiduría y de iglesias para adorar a Dios. No obstante, también han inventado cámaras de tortura, campos de concentración y arsenales nucleares.

Esta es la paradoja de nuestra condición humana. Somos tanto nobles como viles, tanto racionales como

irracionales, tanto morales como inmorales, tanto creativos como destructivos, tanto amorosos como egoístas, tanto parecidos a Dios como parecidos a las bestias<sup>5</sup>.

¿Por qué es así? El evangelio da la respuesta y dice que aunque Dios nos creó a su imagen, nos hemos rebelado contra él en nuestra independencia. Aunque parezca diferente en cada una de nuestras vidas, todos somos iguales al hombre y a la mujer en el Huerto. Pensamos: *Aun si Dios ha dicho que no hagamos algo, de todos modos yo lo voy a hacer*. En esencia estamos diciendo: «Dios no es mi Señor, y Dios no sabe lo que es mejor para mí. Yo defino lo que es correcto y lo que es incorrecto, lo que es bueno y lo que es malo». Por lo tanto, el fundamento de nuestros principios morales cambia de la verdad objetiva que Dios nos ha dado en su Palabra a las nociones subjetivas que creamos en nuestra mente. Aun cuando no nos damos cuenta de las consecuencias de nuestras ideas, inevitablemente llegamos a una conclusión: cualquier cosa que *me parezca* buena a mí o que *sienta* que es buena para mí, *es* correcta para mí.

Al final, para cada uno de nosotros, todo es acerca de *mí*.

Es por eso que la Biblia diagnostica la condición del corazón humano diciendo simplemente que «todos se desviaron, todos se volvieron inútiles» (Romanos 3:12). La esencia de lo que la Biblia llama pecado es la exaltación del «ego». Dios nos ha diseñado para que lo pongamos primero a él en nuestra vida, luego a los demás y a nosotros en último lugar. Sin embargo, el pecado invierte ese orden: nos ponemos a nosotros primero, a los demás en segundo lugar (muchas veces en un intento de usarlos para nuestro beneficio), y a Dios en algún lugar (si es que lo ponemos en lugar alguno), a la distancia. Giramos, en vez de adorar a Dios, a adorarnos a nosotros mismos.

Bueno, probablemente no lo diríamos de esa manera. La mayor parte de la gente no confiesa públicamente: «Me adoro a mí mismo». Pero como lo señala John Stott, no toma mucho tiempo, cuando miramos nuestra vida y escuchamos lo que decimos, para que se haga evidente la verdad. Nuestro diccionario contiene cientos de palabras que comienzan con «auto» o con «ego»: autoestima, autoconfianza, autoproclamación, autograti-ficación, autoglorificación, automotivación, autoconmiseración, autoasertividad, egocentrismo, autoindulgencia, autojusticia y muchas más. Hemos creado un sinnúmero de términos para expresar el grado de la preocupación que tenemos por nosotros mismos<sup>6</sup>.

La tragedia en todo esto es que en nuestra búsqueda constante por satisfacernos a nosotros mismos, en realidad nos hemos esclavizado al pecado. Es por eso que Jesús enseña: «Les digo la verdad, todo el que comete pecado es esclavo del pecado» (Juan 8:34). Nosotros sabemos que esto es verdad. Es fácil verlo en una persona alcohólica, por ejemplo. La persona se emborracha porque cree que ese es el camino a la satisfacción personal, solamente para encontrarse esclavizado a una adicción que lo lleva a la ruina.

No obstante, el pecado trabaja de forma similar en nuestra vida, en formas pequeñas y grandes. Nos decimos a nosotros mismos, sin importar lo que Dios dice, que un pensamiento lascivo, una palabra dura o una acción egoísta nos traerán satisfacción. Nos persuadimos, sin importar lo que Dios dice, que el dinero que tenemos (sin tener en cuenta lo que nos cuesta conseguirlo) y las relaciones sexuales que tenemos (con quien sea que queramos disfrutarlas) nos van a satisfacer. Nos convencemos a nosotros mismos, sin tener en cuenta lo que Dios dice, de que vamos a sentirnos satisfechos con esa persona o con aquella posesión, con este placer o con aquella meta. Perseguimos todas estas cosas pensando que somos libres, pero estamos ciegos a nuestra propia esclavitud. Porque en todos los esfuerzos para servirnos

a nosotros mismos, en realidad nos estamos rebelando contra el Único que puede darle satisfacción a nuestra alma.

A fin de cuentas, todos somos culpables de rebelarnos contra Dios. No solamente el proxeneta en el norte de Nepal, sino también usted y yo. Todos nos hemos apartado de Dios, todos somos culpables ante Dios, y todos lo sabemos. Sentimos esa culpa y, aunque inevitablemente la neguemos, la experimentamos en forma instintiva.

Algunos niegan la culpa totalmente. Dicen que no hay tal cosa como el bien y el mal, que toda la ética es ilusoria y arbitraria, y que lo único que queda son las preferencias personales. Sin embargo, la gente que cree eso a menudo se da vuelta y discute que está bien que usted esté de acuerdo con ellos y que está mal que usted no esté de acuerdo con ellos. Es irónico, ¿no es verdad?

Otras personas tratan de eliminar la culpa cambiando el estándar de lo que es bueno y lo que es malo, en nombre del desarrollo cultural. Una de las formas más fáciles de tratar de mitigar la culpa es convencernos a nosotros mismos de que nuestros estándares morales son imprácticos o anticuados. La codicia no es algo malo; es necesaria para lograr nuestras ambiciones. Promocionarnos a nosotros mismos es la única forma de tener éxito. La lujuria es natural para los hombres y mujeres contemporáneos y se espera que tengan relaciones sexuales sin tener en cuenta si están casados o su género. Tratamos de quitarnos el sentimiento de culpabilidad haciendo una definición nueva de lo que es bueno y de lo que está mal según las modas culturales pasajeras.

No obstante, el sentimiento de culpabilidad permanece. Sin importar lo mucho que tratemos, no podemos borrar con éxito el sentimiento de «lo que deberíamos hacer» que Dios ha escrito en el alma humana. Solamente es necesario mirar los ojos de una niña que está siendo vendida como esclava sexual para saber que

eso «no se debería hacer», porque el bien y el mal existen como estándares objetivos para toda la gente en todos los lugares, todo el tiempo. No podemos eliminar la realidad de la culpa ante Dios, y es por esto que necesitamos a Jesús. Es aquí donde el evangelio va contra la cultura de una manera aún más ofensiva.

## ¿ES JESÚS ÚNICO?

Casi toda la gente del mundo que sabe algo acerca de Jesús, incluyendo a la mayoría de los eruditos seculares, diría que Jesús era un hombre bueno. A la gente le resulta fácil identificarse con un hombre a quien le resulta familiar el dolor, la lucha y el sufrimiento. Lo que es más, a la gente *le gusta* Jesús. Él era amoroso y amable. Defendió la causa del pobre y del necesitado. Se hizo amigo de los abandonados, los débiles y los oprimidos. Pasaba tiempo con los despreciados y con los marginados sociales. Amaba a sus enemigos, y les enseñaba a los demás a hacer lo mismo<sup>7</sup>.

Sin embargo, junto al notable carácter humilde de Jesús, también vemos algunos rasgos de egocentrismo. No tiene que leer mucho en las historias de Jesús para comenzar a llegar a la conclusión de que él hablaba mucho sobre sí mismo. «Yo soy esto, y esto otro», dijo una y otra vez. «Sígueme, vengan a mí», llama a cada uno a su alrededor. Stott lo describe mejor:

Una de las cosas más extraordinarias que hizo Jesús en sus enseñanzas (y lo hizo en forma tan discreta que muchos que leen los evangelios ni siquiera lo notan) fue colocarse a sí mismo aparte de todos los demás. Por ejemplo, al afirmar ser el buen pastor que fue al desierto a buscar a su oveja perdida, él estaba implicando que el mundo estaba perdido, que él no lo estaba y que él podía buscar al perdido y salvarlo.

En otras palabras, él se puso a sí mismo en una categoría moral en la cual estaba solo. Todos los demás estaban en tinieblas; él era la luz del mundo. Todos los demás tenían hambre; él era el pan de vida. Todos los demás tenían sed; él podía saciar esa sed. Todos los demás eran pecadores; él podía perdonar los pecados de ellos. En efecto, en dos ocasiones separadas él así lo hizo, y en ambas ocasiones los observadores se escandalizaron. Ellos preguntaron: «¿Qué es lo que dice? ¡Es una blasfemia! ¡Solo Dios puede perdonar pecados!» (Marcos 2:5-7; Lucas 7:48-49).

Si Jesús exigió autoridad para perdonar pecados, también requirió autoridad para juzgar al impenitente. Varias de sus parábolas dieron a entender que él esperaba regresar al final de la historia. Dijo que en aquel día él se sentaría en su glorioso trono. Todas las naciones estarían delante de él, y él las separaría unas de las otras al igual que un pastor separa a sus ovejas de sus cabras. En otras palabras, él dijo que decidiría el destino eterno de ellos. Así él se hizo a sí mismo la figura central en aquel día de juicio<sup>8</sup>.

Aun si nadie más lo hizo, por cierto que Jesús creyó que él era único. Hizo lo que tal vez fue su afirmación más extravagante en Juan 14:6: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie puede ir al Padre si no es por medio de mí».

¡Qué tal declaración! Como si el evangelio ya no fuera lo suficientemente ofensivo con el anuncio de quién es Dios y quiénes somos nosotros, ahora escuchamos que Jesús es la única persona que puede reconciliarnos con Dios. Ningún otro líder es supremo y ningún otro camino es suficiente. Si usted quiere conocer a Dios, debe ir a través de Jesús.

¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo pudo un hombre en su sano juicio dos mil años atrás haber hecho esta afirmación? ¿Y cómo puede la gente, en su sano juicio, creerla dos mil años más tarde?

Solamente tiene sentido si todo lo que ya hemos visto en la Biblia es verdad.

Hemos visto que Dios es completamente santo e infinitamente bueno, perfectamente justo, y que su gracia está llena de amor. También hemos visto que cada uno de nosotros ha sido creado por Dios, pero que todos estamos corruptos por el pecado. Todos nos hemos apartado de Dios y somos culpables delante de él. Estas realidades gemelas establecen la pregunta más importante: ¿Cómo puede un Dios santo reconciliar a sí mismo a pecadores rebeldes que merecen su juicio?

Recuerde lo que dice Proverbios 17:15: «Absolver al culpable y condenar al inocente son dos actos que el SEÑOR detesta». En otras palabras, Dios detesta a aquellos que llaman al culpable «inocente» y al inocente lo llaman «culpable». Dios los detesta porque él es un Juez justo y llama al culpable y al inocente por lo que son.

Así que, cuando Dios venga a nosotros como un buen Juez, ¿qué nos dirá? «Culpable». Si él nos dijera «Inocente», sería una abominación a sí mismo. Ahora comenzamos a darnos cuenta de la tensión subyacente en la Biblia. Todo hombre y mujer es culpable delante de Dios. Entonces, ¿cómo puede Dios expresar su perfecta justicia sin condenar a cada pecador en el mundo?

Mucha gente responde: «Bueno, Dios es amoroso. Él puede simplemente perdonar nuestros pecados». Pero tan pronto como lo decimos, debemos darnos cuenta de que el perdón de Dios de los pecadores es una amenaza potencial a su carácter perfecto. Si Dios simplemente pasara por alto el pecado, entonces no sería ni santo ni justo. Si hoy en el tribunal hubiera un juez que, sabiéndolo, perdonara a criminales convictos, haríamos

que ese juez fuera relevado de su cargo de inmediato. ¿Por qué? Porque no es un magistrado justo. Una vez que entendemos la santa justicia de Dios y la naturaleza pecaminosa de la humanidad, en las palabras de Stott: «ya no preguntamos *por qué* Dios encuentra difícil perdonar el pecado, sino *cómo* lo hace posible de perdonar»<sup>9</sup>.

Esta tensión nos lleva a preguntar: «Entonces, ¿cómo puede Dios amarnos cuando su justicia requiere que nos condene?». Este es el problema fundamental en el universo. Aunque, en realidad, no es el problema que identifica la mayor parte de la gente. La mayor parte de la gente en nuestra cultura no se desvela preguntándose cómo es posible que Dios sea al mismo tiempo justo y amoroso hacia los pecadores. En cambio, la mayor parte de la gente acusa a Dios preguntándole: «¿Cómo puedes castigar a los pecadores? ¿Por qué permites que gente buena vaya al infierno?». No obstante, la pregunta que formula la Biblia es exactamente lo opuesto: «Dios, ¿cómo puedes ser justo y dejar que pecadores culpables entren al cielo?».

La única respuesta a esta pregunta es Jesucristo.

La vida de Jesús es verdaderamente única. Él es Dios en la carne, totalmente humano y totalmente Dios. Como hombre perfecto, él es el único que puede ponerse en el lugar de hombres y mujeres culpables. Como Dios perfecto, solamente él puede satisfacer la justicia divina.

Eso hace que la muerte de Jesús sea única, y es por eso que su crucifixión es el punto culminante del evangelio. Es algo raro cuando pensamos en ello. Para todos los otros líderes religiosos, la muerte fue el trágico fin de su historia. El enfoque de otras religiones siempre es en la vida de sus líderes. Sin embargo, con Jesús es completamente lo opuesto. Constantemente él estaba anticipando su muerte y los acontecimientos de su vida emplazaron un énfasis desproporcionado en ella. Desde su muerte hace

dos mil años, el símbolo central del cristianismo ha sido la cruz, y la celebración central de la iglesia se enfoca en el pan y el vino, lo cual conmemora el cuerpo y la sangre de Jesús<sup>10</sup>. ¿Por qué es tan significativa la muerte de Cristo en la cruz?

Debido a que en la cruz fue donde Jesús, Dios encarnado, tomó sobre sí mismo el castigo que merecen los pecadores. En la cruz de Cristo, Dios expresó totalmente su santo juicio sobre el pecado. Al mismo tiempo, Dios en Cristo soportó en forma total su santo juicio sobre el pecado. En el proceso, Dios a través de Cristo hizo posible la salvación para todos los pecadores porque el castigo del pecado fue saldado. Sabemos que esto es verdad porque Dios resucitó a Jesús de los muertos. Esta es la noticia más grande del mundo y es por eso que la llamamos el evangelio (palabra que significa «Buena Noticia»). El Creador del universo, santo, justo y lleno de gracia, ha provisto la forma, a través de Cristo, para que cualquier persona en cualquier lugar pueda reconciliarse con él.

Sin embargo, nuevamente, no podemos escapar a la ofensa de este evangelio. «¿Está usted diciendo en realidad que *solamente hay un camino* para llegar a Dios?», la gente pregunta de inmediato. Aunque al formular la pregunta estamos revelando el problema. Si hubiera 1.000 caminos para llegar a Dios, nosotros querríamos 1.001. El asunto no es cuántos caminos llevan a Dios; el asunto es nuestra autonomía para con Dios. Queremos hacer *nuestro propio* camino. Esta es la esencia del pecado en primer lugar, que confiamos más en nuestros caminos que en el camino de Dios. Sin embargo, no vamos a ser rescatados de nuestro pecado volviéndonos a nosotros mismos y confiando aún más en nuestros caminos. En cambio, solamente seremos rescatados cuando dejemos de enfocarnos en nosotros mismos y confiemos totalmente en el camino de Dios.

## LA OFENSA ETERNA

Hasta ahora todo lo que hemos visto en el evangelio no es particularmente popular. La sola idea de que Dios se hizo hombre resulta descabellada para multitudes alrededor del mundo. Más de mil millones de musulmanes creen que Dios nunca se rebajaría para convertirse en un hombre. Cientos de millones de otras personas en el mundo creen que es absurdo pensar que un hombre podría ser divino.

No obstante, la ofensa del evangelio va más lejos. El evangelio afirma que Dios no solamente se hizo hombre sino que este Dios-hombre fue crucificado. Esto es una insensatez para las mujeres y los hombres contemporáneos. Imagínese a un hombre de nuestro país, bien vestido, con un buen trabajo, una casa grande y un automóvil del año, y a una mujer educada e independiente de hoy en día, orgullosa de su autonomía. Usted los lleva a un basurero, donde hay un hombre casi desnudo, clavado a una cruz, cubierto de sangre, y les dice: «Este es su Dios». Ellos se reirán de usted; tal vez sientan lástima por el hombre, pero lo más probable es que sigan adelante con su estilo de vida.

Sin embargo, la ofensa del evangelio llega a su punto culminante cuando usted les dice que su destino eterno depende de si creen que el hombre que está allí colgado es su Dios, el Señor, quien es Juez, Salvador y Rey de toda la creación. Tan pronto como usted les diga: «Si lo siguen, van a tener vida eterna; si no lo siguen, van a experimentar el infierno por toda la eternidad», se encontrará del otro lado de una línea de máxima controversia en la cultura contemporánea (y en la iglesia contemporánea).

El evangelio afirma que lo que está en juego es la eternidad, y que depende de cómo usted y yo le respondemos a Jesús.

De acuerdo a la Biblia, el cielo es una realidad gloriosa para todos los que confían en Jesús. Es un lugar de total reconciliación

y de completa restauración, donde el pecado, el sufrimiento, el dolor y la tristeza finalmente cesarán, y los hombres y las mujeres que han puesto su fe en Cristo vivirán en armonía perfecta con Dios y con los otros por siempre jamás.

La Biblia también enseña que el infierno es una horrenda realidad para aquellos que se apartan de Jesús. Es una realidad sobre la cual Jesús enseñó mucho. Tim Keller observa: «Si Jesús, el Señor de amor y Autor de la gracia habló más sobre el infierno, y de una manera tan vívida que hace congelar la sangre en las venas, más que ninguna otra cosa, esta debe ser una verdad crucial»<sup>11</sup>. Esta «verdad crucial» fluye directamente de todo lo que hemos descubierto hasta este punto.

Todos los hombres y todas las mujeres se han apartado de Dios para concentrarse en sí mismos, y si nada cambia antes de que mueran, el infierno será el lugar de castigo de Dios por esta elección pecaminosa con la cual se exaltan a sí mismos. Los que se rebelen contra Dios en la tierra recibirán el castigo justo por el camino que han elegido. Por supuesto que nadie, sin importar lo malvado que sea, elegiría el infierno a sabiendas del horror que acarrea. Las Escrituras describen el infierno como un lugar de llanto y crujir de dientes en un humo de tormento que se eleva sin descanso para todos los que allí residen (vea Mateo 8:12; Apocalipsis 14:11). Nadie en su sano juicio querría experimentar esto. Sin embargo, por haber elegido ir en contra de Dios en la tierra, el destino de hecho del pecador es la condenación por toda la eternidad.

Cuando usted pone todas estas verdades juntas en el evangelio, se da cuenta de que la afirmación más ofensiva y contra cultural en el cristianismo no es lo que los cristianos creen en cuanto a la homosexualidad o el aborto, el matrimonio o la libertad religiosa. En cambio, el reclamo más ofensivo en el cristianismo es que Dios es el Creador, Dueño y Juez de cada persona en el planeta.

Cada uno de nosotros está delante de él culpable de pecado y la única manera de reconciliarnos con él es a través de la fe en Jesús, el Salvador crucificado y Rey resucitado. Todos los que confían en su amor experimentarán vida eterna, mientras que todos los que rechacen su Señorío sufrirán muerte eterna.

## **¿CREE USTED LO QUE DICE EL EVANGELIO?**

Así que ahora nos volvemos a la pregunta fundamental al principio de este capítulo: ¿Cree usted lo que dice el evangelio?

Me imagino tres categorías de lectores de este libro. La primera categoría incluye a los lectores que no creen en el evangelio. Actualmente usted no profesa ser seguidor de Cristo, pero por alguna razón está leyendo este libro. Estoy agradecido de que lo lea y espero que obtenga una perspectiva que lo ayude en los asuntos sociales más urgentes de nuestra cultura y del mundo. Como leerá en el capítulo sobre la libertad religiosa, yo respeto a las religiones que difieren de la mía, y creo que hay formas buenas no solamente para cooperar sino también para coexistir en sincera amistad y valioso compañerismo en la sociedad y la cultura. Al mismo tiempo, no sería honesto si no le dijera que estoy orando que en el proceso de leer este libro, usted llegue a conocer el amor misterioso, insondable, inexplicable y personal de Dios por usted en Cristo. Espero que, tal vez sin que usted lo sepa, una de las razones por las que está leyendo este libro es porque Dios en su soberanía lo está acercando a Cristo.

La segunda categoría de lector es similar a la primera en que usted no cree lo que dice el evangelio. Sin embargo, la diferencia es que actualmente usted profesa ser cristiano. Tal vez se llame a sí mismo «un cristiano progresista» o un «cristiano de mente abierta» o un «cristiano que asiste a la iglesia», o cualquier otro calificativo que quiera anteponer a su condición de cristiano. Con todo

respeto, y no sé cómo escribir esto sin rodeos, tengo la esperanza de que deje de llamarse cristiano hasta que crea en el evangelio.

Algunos «cristianos» no creen que Dios es el Creador del universo o que él es el Autor de la Biblia. Otros «cristianos» no creen que el pecado es un problema muy grande ante Dios y muchos «cristianos» creen que Jesús es solamente uno de los muchos caminos hacia Dios, mientras que una gran cantidad de «cristianos» rechaza totalmente lo que Jesús dice acerca del infierno (aunque, en forma conveniente, acepta lo que Jesús dice acerca del cielo). Pongo la palabra «cristianos» entre comillas simplemente porque esos «cristianos» no son cristianos. Es imposible ser seguidor de Cristo cuando se niega, se pasa por alto, no se toma en cuenta, se desacredita y no se cree en las palabras de Cristo.

Así que si esto se aplica a usted, mi meta es similar a lo que compartí con la primera categoría de lectores. Con sinceridad espero que llegue a conocer los caminos misteriosos de Dios y el amor insondable, inexplicable y personal para usted en Cristo; que llegue a creer en el evangelio a pesar de todas sus ofensas, y que siga a Cristo por quién es él y no por quién preferiríamos que fuera. Hasta que eso suceda, mi esperanza es que usted no blasfeme el nombre de él afirmando estar en Cristo (ser cristiano) cuando no cree en Cristo.

La categoría final de lectores incluye a aquellos que *sí* creen en el evangelio. Asumo que incluye a muchos de los que están leyendo este libro, y por cierto que esta es la audiencia principal para la cual escribo. En las páginas que siguen, mi meta es explicar lo que dice el evangelio sobre muchos asuntos sociales en nuestra cultura, que van desde la pobreza, la esclavitud, el aborto y la inmoralidad sexual hasta la degradación del matrimonio y la negación de los derechos civiles. En el proceso, quiero demostrar cómo un entendimiento cabal del evangelio fusiona tanto el cuidado radical de los pobres y la oposición radical al aborto con

una posición radical contra la esclavitud y una defensa radical del matrimonio. Finalmente, mi propósito es mostrar cómo el evangelio impulsa a los cristianos a ir en contra de todos estos asuntos en nuestra cultura con convicción, compasión y valor.

## **UN LLAMADO A LA CONVICCIÓN, A LA COMPASIÓN Y AL VALOR**

Al tratar cada uno de estos asuntos, quiero llamar a los creyentes a que tengan convicción. Vivimos en un tiempo único en la cultura occidental, en el cual el panorama moral está cambiando rápidamente. Como resultado, tenemos muchas oportunidades para manifestarnos a favor de la verdad divina y hablar sobre ella. Quiera Dios que no dejemos pasar este momento. Elizabeth Rundle Charles, comentando sobre la confrontación de Martín Lutero en asuntos clave de su día, dice:

Es la verdad que asalta en cualquier época lo que pone a prueba nuestra fidelidad. [...] Si profeso a todo pulmón y con la exposición más clara todas las partes de la verdad de Dios excepto precisamente el punto que el mundo y el diablo están atacando en estos momentos, no estoy confesando a Cristo, sin importar lo valientemente que pueda estar profesando el cristianismo. Donde rugen la batalla es donde se prueba la lealtad del soldado, y mantenerse firme en los demás frentes de batalla es simplemente huir y deshonorar si se retrocede en ese punto<sup>12</sup>.

Por cierto que las batallas rugen en nuestra cultura sobre una cantidad de asuntos sociales. Solamente hace unas décadas, Francis Schaeffer escribió:

Nosotros, los creyentes evangélicos que creemos en la Biblia, estamos sumergidos en una batalla. Esta no es una discusión amistosa entre caballeros. Es un conflicto de vida o muerte entre las huestes espirituales de maldad y los que proclaman el nombre de Cristo. [...] Sin embargo, ¿creemos, en realidad, estar en una batalla de vida o muerte? ¿Creemos en realidad que el papel que jugamos en la batalla tiene consecuencias en cuanto a si hombres y mujeres pasarán la eternidad en el infierno? ¿O si los que viven vivirán o no en un clima de perversión y degradación moral? Es triste, pero debemos decir que muy pocos en el mundo evangélico han actuado como si estas cosas fueran verdaderas. [...] ¿Dónde está la voz clara hablando de asuntos cruciales del día con respuestas claramente bíblicas y cristianas? Con lágrimas debemos decir que no está allí y que gran parte del mundo evangélico ha sido seducido por el espíritu del mundo de la época actual. Más aún, podemos esperar que el futuro sea un desastre mucho mayor si el mundo evangélico no toma una posición firme a favor de la verdad bíblica y de la moralidad en todos los aspectos de la vida<sup>13</sup>.

Quiera Dios que esto no sea dicho de nuestra generación. Que no pequemos mediante el silencio. Que nos demos cuenta de que no hablar es hablar. Finalmente, que se diga de nosotros que no solamente hemos defendido los principios del evangelio, sino que también hablamos claramente *con* el evangelio sobre los asuntos más apremiantes de nuestro día.

Además de llamarnos a la convicción, quiero exhortarnos a la compasión. En Mateo 9 se nos dice que «cuando [Jesús] vio a las multitudes, les tuvo compasión, porque estaban confundidas

y desamparadas, como ovejas sin pastor» (Mateo 9:36). Una de mis esperanzas para este libro es que Dios nos dé gracia para ver lo que él ve. Para ver a los pobres, a los hambrientos y a los que la sociedad abandona, tal como los ve Dios. Para que, desde su perspectiva, podamos ver a los que sufren opresión política, económica o étnica. Para que nos interese por el bebé que está en el vientre de su madre, como también por ella, tanto como se interesa él. Para que amemos al huérfano y a la viuda, al homosexual y al heterosexual, al inmigrante y al inmoral tanto como los ama Dios.

Basándome en su amor, quiero hacer una exhortación a la acción. Jesús nos ordena: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:39). Juan escribe: «que nuestro amor no quede solo en palabras; mostremos la verdad por medio de nuestras acciones» (1 Juan 3:18). Lo último que quiero hacer es separar los principios bíblicos, teológicos y éticos de las prácticas individuales, familiares y de la iglesia. La meta de este libro no es proveer información sobre el evangelio y los asuntos sociales; la meta es aplicar el evangelio a los asuntos sociales. Quiero explorar todos estos asuntos, no con una complacencia farisaica que se contenta con retorcerse las manos por sentir una preocupación piadosa, sino con un compromiso de servir a aquellos que Dios nos guía a servir.

Inevitablemente, Dios nos guiará a actuar de formas distintas. Es imposible que cada uno de nosotros pueda dar el mismo nivel de atención a todos estos asuntos. Nadie puede luchar contra el tráfico sexual al mismo tiempo que cuida y adopta niños, mientras comienza un ministerio para ayudar a las viudas y para aconsejar a las madres solteras, mientras viaja por todo el mundo para ayudar a la iglesia perseguida, y así sucesivamente. Ninguno de nosotros *debería* hacer todas esas cosas, porque Dios, en su soberanía, nos pone en posiciones y lugares únicos con

oportunidades y privilegios únicos para ejercer influencia en la cultura que nos rodea. No obstante, lo que es necesario para todos nosotros es que veamos cada uno de estos asuntos culturales a través del lente de la verdad bíblica y que expresemos esa verdad con convicción cada vez que tengamos la oportunidad de hacerlo. Entonces, basados en una convicción consecuente, como creyentes individuales y en forma colectiva en nuestras iglesias, busquemos la manera en que el Espíritu de Cristo nos guíe a la acción compasiva en nuestra cultura.

Para ayudarnos en esto, cada capítulo concluye ofreciendo algunas sugerencias iniciales de peticiones prácticas por las cuales usted y yo podemos orar sobre estos asuntos, algunas maneras posibles en las cuales usted y yo podamos hacer trabajar la cultura con el evangelio, así como verdades bíblicas que debemos proclamar relacionadas a cada uno de estos asuntos. Estas sugerencias también lo llevarán a un sitio en Internet en inglés ([CounterCultureBook.com](http://CounterCultureBook.com)) donde puede explorar algunos pasos más específicos que podría tomar. Lo aliento a considerar todas estas sugerencias y a que, con humildad, valor, seriedad y oración, busque lo que Dios lo está dirigiendo a hacer. No contemplemos simplemente la Palabra de Dios en el mundo que nos rodea, hagamos lo que dice (vea Santiago 1:22-25).

El actuar con convicción y compasión de seguro que requerirá valor. Cada vez, va más contra la cultura el manifestarse a favor de la verdad inquebrantable en este mundo tan cambiante. El costo de la convicción bíblica en la cultura contemporánea es cada vez más alto, y no estamos tan lejos de compartir con más intensidad en los sufrimientos de Cristo. Sin duda es por esto que más y más «cristianos» hoy en día se están alejando del evangelio. El temor es una fuerza poderosa que lleva a más y más «iglesias» a acomodarse y a adaptarse en lugar de confrontar a la cultura que las rodea. Por lo tanto, creo que las palabras de Schaeffer son apropiadas:

Necesitamos una generación joven y a otras personas que estén dispuestas a permanecer firmes, en amorosa confrontación, pero en una confrontación verdadera, en contraste con la mentalidad de adaptación constante a las formas del espíritu del mundo que nos rodean hoy, y en contraste a la forma en que mucho del *evangelicalismo* ha desarrollado la mentalidad automática de acomodarse a cada punto sucesivo<sup>14</sup>.

Mi esperanza es que prestemos atención a este desafío. Porque realmente este no es un desafío de Schaeffer; es un desafío que nos presenta Cristo:

No teman a los que quieren matarles el cuerpo; no pueden tocar el alma. Teman solo a Dios, quien puede destruir tanto el alma como el cuerpo en el infierno. [...] Todo aquel que me reconozca en público aquí en la tierra también lo reconoceré delante de mi Padre en el cielo; pero al que me niegue aquí en la tierra también yo lo negaré delante de mi Padre en el cielo. [...] Si te aferras a tu vida, la perderás; pero, si entregas tu vida por mí, la salvarás. MATEO 10:28, 32-33, 39

El evangelio de Cristo no es un llamado a un compromiso cultural cuando estamos atemorizados. Es un llamado a una crucifixión contra la cultura, la muerte del ego frente a la oposición del mundo, para recibir una recompensa eterna.

Mi esperanza es que creamos en el evangelio de Cristo y que nuestra creencia nos mueva a involucrarnos en nuestra cultura. Mi oración es que en las páginas que siguen, Dios nos lleve en un viaje que nos abra los ojos a las necesidades de la gente en nuestra cultura y alrededor del mundo, llevándonos a arrodillarnos con

## CONTRACULTURA

lágrimas y oraciones en favor de esas personas, y que ello mismo nos impulse con convicción, compasión y valor a propagar la verdad de Dios mientras que en forma desinteresada demos el amor de Dios. Todo esto con la esperanza del día cuando el pecado, el sufrimiento, la inmoralidad y la injusticia ya no existirán nunca más.